



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VII - Nº 69 Enero de 2024



*Mansedumbre e intrepidez bajo
la sonrisa maternal de María*

El encanto del dilúculo

Sierra del Ibitiraquire, Paraná

El orden puesto por Dios es tal que hay en el primer brillo de la aurora una belleza propia, tan pequeña con relación al mediodía y, sin embargo, no se confunde con esta. Cada etapa del camino del Sol tiene un encanto peculiar, pero el paso inicial, a la manera de una primera sonrisa, posee una pulcritud que parece que contiene a todas las otras.

Nosotros estamos en ese paso, en el primer dilúculo, donde se siente solo un poco de luz contrarrevolucionaria, pero notamos que esa luminosidad se va esparciendo por todo el firmamento como un corusco. Se diría que ese Sol relampaguea en vez de nacer, iluminando este mundo transformado en charco, de manera a mostrar como todo cuanto los hombres piensan que es bello es hediondo, y las verdaderas bellezas, consideradas muertas, comienzan a revivir y a sonreír con los adornos de la juventud.

(Extraído de conferencia del 31/07/1982)

Sumario

Vol. VII - No. 69 Enero de 2024



En la portada,
el Dr. Plinio en 1987.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203

Tel (57 1) 312 0585

Bogotá - Colombia

prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:

<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

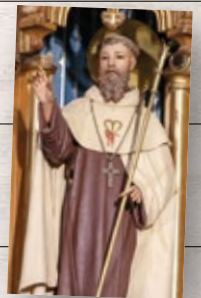
Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil

13/XII/1908 – † 3/X/1995

Pensador y escritor católico

- SEGUNDA PÁGINA**
2 *El encanto del dilícuto*
- EDITORIAL**
4 *Camino austero
resplandeciente de gloria*
- PIEDAD PLINIANA**
5 *Luces de consolación y
confianza*
- DOÑA LUCILLA**
6 *El ‘tonus’ de la personalidad
de Doña Lucilia*
- DENUNCIA PROFÉTICA**
9 *“Carola”: Caricatura
del verdadero católico*
- DE MARIA NUNQUAM SATIS**
14 *Madre del género humano*
- SANTORAL**
18 *Santos de Enero*
- HAGIOGRAFÍA**
20 *Una prefigura de los apóstoles
de los últimos tiempos*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
26 *La Bretaña medieval en
una historieta*
- ÚLTIMA PÁGINA**
36 *¡Vida, dulzura y
esperanza nuestra!*



Camino austero resplandeciente de gloria

La piedad de los verdaderos hijos de la Iglesia no se contenta con saber que Nuestra Señora, en virtud de los más sólidos e indiscutibles argumentos teológicos, es nuestra Madre. Ella se complace en admirar, en el orden concreto de los hechos, el poder ilimitado y el amor inconmensurable con los cuales esa Madre dirige la vida de cada uno de nosotros, implorando junto al trono de Dios las mejores gracias para sus hijos, guiándoles los pasos en los trances tan difíciles de la vida espiritual y apartando de su camino, en lo referente a la vida terrena, todos los sufrimientos que no sean indispensables a la santificación.

Ningún católico puede negar que la Santísima Virgen es la Medianera de todas las gracias y que, por lo tanto, sin el apoyo de sus oraciones nadie se puede salvar.

La fermentación de un espíritu demasiado vuelto hacia las cosas mundanas lleva a algunos católicos a imaginar que deben ocultar en su apostolado las exigencias austeras de la moral católica, la cual no raramente exige de los propios neófitos, en vista de ciertas circunstancias de la vida, sacrificios absolutamente heroicos. Tales espíritus dicen que la declaración del deber lleva a asustar a las almas; mejor sería hablarles de derechos más que de deberes, de permisos más que de obligaciones, de tolerancias em vez de luchas. Así, aceptarían más fácilmente la Doctrina Católica.

Sin analizar todo cuanto hay de equivocado en tal concepción, acentúo solamente que, en lugar de deformar el catolicismo sustrayendo a los ojos de todos la austeridad de su moral, se debería proclamarlo completo como él es, predicando, juntamente con la austeridad, las verdades suaves y consoladoras que nos hacen no solo soportable sino atractivo el camino a seguir.

En lugar de perpetuos retrocesos, de indefiniciones intencionales, de transigencias que colindan decididamente con el más censurable laxismo, sería preferible que se atrajera a las almas con la proclamación del amor de Dios a los hombres manifestado, sobre todo, en los misterios inefablemente consoladores de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, en la definición del amor del Corazón de Jesús y de las gracias infinitas que Él nos dispensa, en la devoción a Nuestra Señora.

Son esas verdades las que llenan de luz el camino austero y que, en lugar de apartarnos de la senda del bien, nos dan fuerzas para trillarla intrépidamente y nos conservan igualmente distantes de una permisividad y de un rigorismo heréticos.

El apostolado de conquista no puede tener como proceso el repliegue sistemático ante el espíritu del mundo, la omisión de nuestros deberes que no se debería llamar de astuta, y el disimulo del catolicismo. Manifestemos con santa ufanía las cruces, las espinas, las luchas que hay en las vías del verdadero católico. Tal actitud no espantará a los neófitos si supiéramos mostrarles ese camino resplandeciente de gloria por el fulgor del Sol de las almas que es el Corazón de Jesús, y suavizado a cada paso por la sonrisa maternal de María.*

* Cf "O Legionário", 18/2/1940



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Luces de consolación y confianza

Madre de Misericordia y Reina de Sabiduría, mostrad claramente a mi alma frágil cuánto la angustia y la perturbación me son nocivas.

Hacedme entender que tenéis vuestro manto continuamente puesto sobre mí, como vuestro hijo y esclavo, y vuestra predilección me acompaña incluso en los momentos más tristes, ¡oh Refugio de los pecadores!

Quien es asistido así por Vos, no tiene ningún motivo para angustiarse, sino, al contrario, debe hacer de todas las horas de su día un himno de aquella confianza especial que os da tanta gloria, oh Puerta del Cielo, esto es, la confianza de los miserables pecadores.

Os pido que alejéis cuanto antes de mí los peligros y angustias con las que el demonio quiere arrastrarme e inundéis mi alma con luces de consolación y confianza de las cuales es sagrario vuestro Corazón Inmaculado.

(Compuesta en la década de 1970)





El 'tonus' de la personalidad de Doña Lucilia

Junto a una afectividad toda brasileña, Doña Lucilia tenía el *charme*¹ francés. Al sentirse envuelto por ese afecto vivo, el Dr. Plinio reconocía la connaturalidad del ambiente de su infancia con el ambiente descrito en el libro de Bécassine.

La formación en la juventud de Doña Lucilia fue hecha en función de Francia como la tierra de la luz, donde las cosas son como deben ser, y de donde emanaba el patrón de pensamiento, elegancia, distinción y de *maintien*² para toda la Tierra.

Por esa razón, ella tenía esa noción muy viva a través de libros, de periódicos, de revistas y de la visita hecha a ese país. Mi madre tenía una idea tan exacta de todo aquello, que para ella las historias de Bécassine eran un encanto de pequeñas descripciones de un mundo conocido por ella, en el cual había estado y había sido la luz un poco lejana, pero continua, de toda su formación intelectual y psicológica.

Una señora afrancesada

Podemos tener un poco esa idea viendo la fotografía tomada en París, en la cual ella aparece de pie. Es un



tipo físico brasileño, pero el *tonus*³ es francés. ¡No solo porque le tomaron la foto en Francia, porque si le tomaran la foto en la Cochinchina, ella sería exactamente así!

Si prestamos atención en un cuadro de Doña Gabriela, mi abuela, notamos que ella no era una marquesa, ¡pero tiene cualquier cosa que hace recordar a Madame de Grand-Air! Doña Lucilia sabía muy bien que su madre no era marquesa, pero miraba a Madame de Grand-Air como una especie de variante parisina de Doña Gabriela.

¡Todo el mundo en el tiempo de ella era así!

Un afecto delicadísimo

Como mi madre tenía ese afrancesamiento del modo de ser, junto a una afectividad toda brasileña, su afecto era delicadísimo, educadísimo, noble y de salón, ¡incluso en la mayor intimidad! Y yo me sentía envuelto por ese afecto vivo, en el cual yo reconocía la connaturalidad con el ambiente del libro de Bécassine.

Digamos, por ejemplo, Madame de Grand-Air llegando al bautismo de Bécassine. ¡Ella tenía para con los Labornez una acogida, que yo sentía multiplicada por mil en la forma de afecto de mi madre hacia mí de niño!

No me puedo olvidar de que ella, cuando habitualmente hablaba conmigo, decía “*filhão*”⁴, aunque yo fuese mucho menor que ella. ¡No sé por qué! Y yo la llamaba “*mãezinha*”⁵.

Pero incluso el “*filhão*” –que es un modo más íntimo de llamar– era tan ceremonioso y en el tono de voz había inflexiones tan nobles y, al mismo tiempo, tan afectuosas, y entra-



Cuadro de Doña Gabriela, mandado a pintar por Doña Lucilia

ban en el corazón de modo tan directo, que yo pensaba: “¡Esto, desde el punto de vista afectivo, es una quintaesencia de lo que está narrado en esa historieta, porque la de Grand-Air no quería a esa gente suya como mi madre me quiere!”

Digamos, por ejemplo, regresando de Águas da Prata en tren. Era natural que una gran parte del viaje yo volviera sentado a su lado. ¡Aunque



Madame de Grand-Air recibe a Bécassine en su residencia

conversando raramente, porque los asuntos se agotan, pero solo para sentirnos juntos! Si en algún momento Doña Lucilia quisiese que yo cogiese una maletica arriba, nunca diría: “Plinio, ¡coge la maleta ahí arriba!”. Ella diría: “Hijo mío –o entonces, *filhão*–, ¿quieres coger para tu madre la maleta ahí arriba?”

Yo no estoy logrando expresarme, pero son cosas más o menos inefables, no se narran por entero. Sin embargo, era afrancesado. Mi madre era para mí una versión de la vida del mundo de Madame de Grand-Air, como, a propósito, lo era también, a su modo, mi abuela.

Rasgos de Madame de Grand-Air en Doña Gabriela

Mi abuela, por ejemplo, era quien presidía la mesa. Es natural, era la





El Dr. João Paulo, padre de Plinio

dueña de la casa. En aquellas familias antiguas de mucha gente, era frecuente haber entre diez a quince personas en la mesa para almorzar y cenar. Ella presidía, y mantenía la conversación de la vida de familia, cuando no discutían temas como religión y ateísmo.

En cierto momento –iera invariable!– mi abuela se levantaba de la comida e iba a una silla mecedora. Algún tiempo después se iba a sus aposentos a hacer la siesta o algo así, la vida de una señora.

Yo todavía me acuerdo de la forma en que mi abuela se levantaba de la silla. Nos daba la impresión del montaje de un monumento. Cuando ella estaba de pie, el monumento estaba constituido. Solo entonces comenzaba a andar. Ella tenía unos pies minúsculos, era gorda como Madame de Grand-Air y andaba exactamente con aquel paso lento de ese personaje, y desaparecía en sus aposentos dejando a todo el mundo conversando. Sin embargo, su presencia se quedaba, confiriéndole nobleza a todo.

Yo miraba la figura de Madame de Grand-Air y me acordaba de mi abuela.

Completando el cuadro con una nota portuguesa

Mi madre trataba a mi abuela con mucho respeto. Por ser su madre, pero también porque veía lo que había de poco común en Doña Gabriela. Además, la trataba con mucha cortesía, con mucho afecto, y todo eso formaba un mundo “grand-airoso”, que se mezclaba armónicamente con la influencia portuguesa.

Mi padre, como ya dije otras veces, era pernambucano, de una pequeña ciudad a unas tres o cuatro horas de Recife. En aquel tiempo el polo cultural de Recife no era París, sino Lisboa. Entonces mi padre sabía canciones y poesías portuguesas, había leído bastante de los autores de esa nación, su formación jurídica tenía una nota lusa muy fuerte.

Él representaba la nota brasileña y portuguesa que se juntaba a la nota francesa de ellas, formando un

todo. Por ejemplo, él era un hombre de carcajadas sonoras, tenía una voz fuerte y de un timbre agradable. Cuando él se reía, su risa cubría la casa. ¡Era una carcajada saludable! Pero cuando trataba a mi madre y a mi abuela era muy respetuoso, muy atento. Y a ellas se les hacían divertidas las “portuguesadas” nordestinas de él.

Y ese fue el ambiente peculiar dentro del cual yo me formé, viendo en muchos aspectos la relación con Bécassine. ❖

(Extraído de conferencia del 15/5/1980)

- 1) En francés: encanto.
- 2) En francés: porte, compostura.
- 3) Del latín: tonalidad, tono.
- 4) En portugués, diminutivo afectuoso de hijo.
- 5) En portugués, diminutivo afectuoso de mamá.



El Dr. Plinio en mayo de 1980



“Carola”: Caricatura del verdadero católico



Frescaroli Giuseppe (CC3.0)

El “carola” sólo busca practicar la mansedumbre, la conformidad, la prudencia. Sin embargo, además de esas cualidades, el verdadero católico debe tener en alto grado el coraje, el denuedo, la intrepidez y el espíritu de iniciativa y de realización. El catolicismo es, por excelencia, la escuela de las almas grandes y fuertes, capaces de las audacias santas, de las energías inquebrantables, de los emprendimientos osados que la fe sabe inspirar.

Hay una serie de ideas que implican la negación de los principios más esenciales de nuestra religión y que, sin embargo, circulan por nuestros ambientes sin que las personas en cuyo espíritu ellas encuentran guarida noten que, en realidad, están aceptando doctrinas condenadas por la Iglesia.

Peor que todos los panfletos heréticos

Se trata no propiamente de doctrinas, sino de prejuicios, impresiones, tendencias psicológicas que implican la negación de la Doctrina Católica. Y sólo Dios sabrá decir en el día del Juicio Final cuánto esos errores habrán con-

Flávio Lourenço





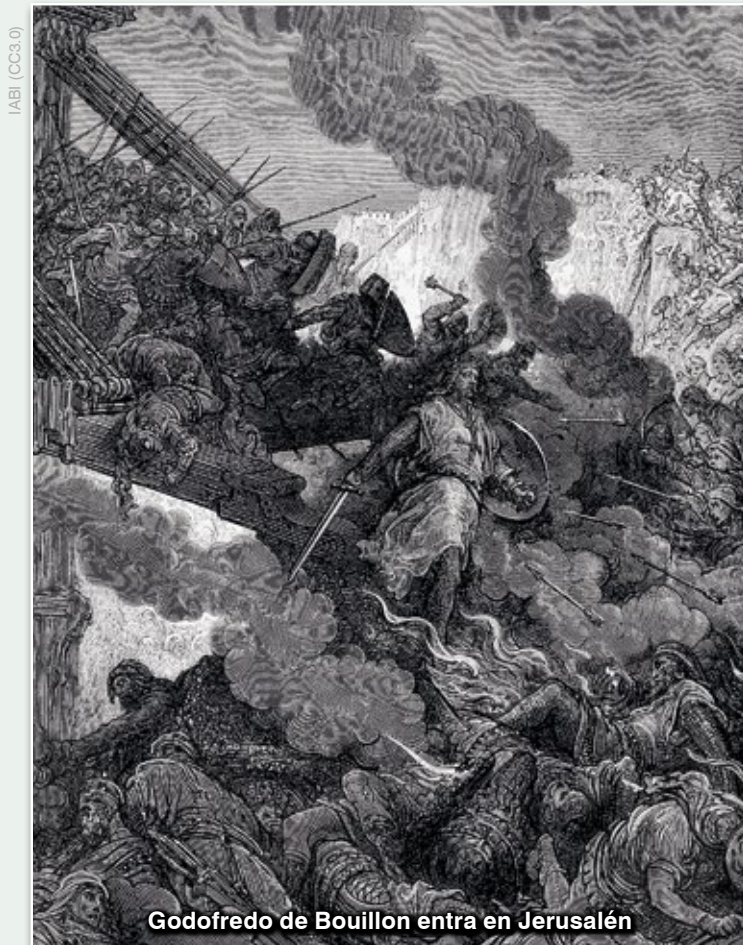
currido para debilitar las almas en el camino del bien, macular en ellas la pureza virginal de la ortodoxia o de las costumbres y, finalmente, lanzarlas por el camino ancho de la herejía hasta la perdición eterna.

Forma parte de ese conjunto de prejuicios todo un mundo de errores, de antipatías, de malas voluntades que se oculta detrás de la palabra “carola”. ¿Cuál será el católico auténtico que ya no la habrá oído como suprema injuria que le es lanzada por un adversario de nuestra Fe? ¿Cuál, el principiante de la Acción Católica o de las asociaciones auxiliares que no habrá oído la advertencia: “Cuidado, porque así Vd. se volverá un ‘carola’”?

¿Cuántos jóvenes se habrán detenido en el camino de la perfección exclusivamente porque no desean ser tenidos como “carolas”? ¿Qué don tiene ese vocablo para inspirar en unos tanto desprecios y, en otros, tanto terror? Sería tal vez una interesante página de sociología analizar la función ejercida entre nosotros por esa palabra, como efecto bomba seguro en manos de nuestros adversarios. Para que algún día algún estudioso escriba esas líneas, queda aquí la modesta ayuda de ciertas observaciones directas.

El asunto es complejo. ¿Qué viene a ser exactamente un “carola”? ¿Cuáles son los defectos propios a ser un “carola”? ¿Católico y “carola” son términos sinónimos?

¿Cuál es la categoría de personas que le gusta criticar al “carola”? ¿Con qué derecho? He ahí una serie de problemas que presentan, de un



Godofredo de Bouillon entra en Jerusalén

lado, un aspecto indiscutiblemente jocoso, pero de otro lado una innegable importancia concreta. Esa idea equivocada sobre los “carolas” ha hecho a Brasil un mal tal vez mayor que todos los panfletos heréticos. Y así, si bien que desde el punto de vista doctrinario el valor del asunto sea nulo, no deja de ofrecer relevante interés a cuantos se dedican a los problemas concretos del apostolado.

El tipo de “carola”

Comencemos por los conceptos más elementales. En el espíritu público, no hay una noción abstracta de lo que sea un “carola”. Hay solo ciertas figuras típicas de “carola” que se consideran como realizadoras auténticas de cómo la piedad transforma a un hombre y, por tanto, como una prueba exuberante de que ningún hombre debe practicar el catolicismo, so

pena de desfigurarse y pasar a ser un “carola”. Describamos sumariamente esos tipos como los considera la imaginación popular, y a través de esto llegaremos a encontrar, como residuo común de todas esas figuras de la imaginación, un concepto más o menos preciso que debemos examinar.

Injuriosamente, calumniosamente, contrariando toda la evidencia de los hechos, el público entiende que encarna bien el tipo de “carola”, por ejemplo, un hombre magro y escuálido, de largas piernas un tanto sinuosas, que más son arrastradas por el cuerpo de lo que sirven para cargarlo. Su pecho es curvo y estrecho, y, a lo largo de él, cuelgan dos brazos larguiruchos.

“Cuelgan” es la palabra apropiada pues esos brazos parecen servir únicamente para estar colgados al cuerpo como a una caja, y no para luchar, trabajar o actuar. El cuello es largo y proyectado hacia adelante. En lo alto de todo eso, una cabeza vulgar de color gastado, con los ojos muy parados en una actitud que traduce al mismo tiempo incomprensión y sorpresa. La voz es lenta y de pequeño volumen los pensamientos. Sus conceptos, son los más banales: solo las ideas de las que nadie discrepa, las reflexiones que todo el mundo ya hizo, las impresiones que todo el mundo ya sintió.

En las horas de peligro, es la personificación del miedo. En la hora del trabajo, es la encarnación de la honestidad pachorriente e ininteligente, absolutamente improductiva y enteramente estéril. En suma, un *infra* hom-

bre, que no se hizo malo por falta de coraje, pero cuya piedad arrancó para él todo el horizonte para una formación viril, capaz de grandes hechos y grandes heroísmos. Para esto basta verlo rezar. Todo en él exhala lirismo. Sonreirá de un modo perfectamente inexpresivo. Hace gestos descomedidamente profundos. Cierra los ojos para concentrarse. Y al cabo de esto sale idéntico a lo que era antes.

Hay, evidentemente, otros perfiles de “carola”. Hay, por ejemplo, el “carola” gordo, voluminoso, de difícil locomoción, pachorriento, inerte, tonto, que se deja engañar por cualquier persona, que se intimida delante de cualquier peligro, que ama sobre todo la inercia y que exactamente por eso no practica el mal, pues le puede traer muchas complicaciones...; por el contrario, la conciencia tranquila proporciona sueños leves y tan dulces. ¡El sosiego antes que nada! ¡Nada de aventuras! ¡El ideal de la vida es enmohecerse en un rincón, en paz con los hombres y en la dulce ilusión de que también se está en paz con Dios!

Y así los ejemplos se podrían multiplicar indefinidamente.

La santidad es un gran heroísmo

Es curioso observar que esa serie de conceptos errados, lejos de dominar solamente los arrabales anticatólicos, también se infiltró en ciertos ambientes católicos, o supuestos como tales. Vean por ejemplo ciertos manuales de devoción que muestran cómo se ayuda la Misa, y mírese cuál es el físico con que allí se diseñó al monaguillo: muchas veces es un jovencito de edad indefinida, que tiene de la adoles-

encia la juventud sin tener la gallardía ni la gracia; raquítico, tímido, vestido con un “atuendo dominguero” que hace un siglo nadie usa, peinado como nadie jamás se peinó, con una sonrisita pintada en los labios, dando testimonio de que “carola” es eso mismo. ¿Qué es lo que eso prueba, sino que ciertas almas existentes perdieron completamente la noción de la realidad y, a fuerza de oír decir que el “carola” es eso o aquello, acabaron por persuadirse de que es eso mismo?

Ciertos trabajos que una u otra vez se leen sobre el joven católico no concurren para deshacer esta idea. Sus grandes virtudes deben ser la mansedumbre, la docilidad, la conformidad, la prudencia. Ninguna palabra recuerda que, además de estas preciosas cualidades, el verdadero joven católico debe tener en alto grado el coraje, el denuedo, la intrepidez, el espíritu de iniciativa y de realización. Si uno de esos monaguillos –no de los que en la realidad tenemos, sino de los que las viñetas de ciertos manuales pintan– debe tomar las armas para una nueva Cruzada, si hubieran sido de esa fibra los Godofredos de Bouillon, ¿habríamos tenido en la Historia de la Iglesia aquellas magníficas expediciones mi-

litares destinadas a partir de medio a medio a los musulmanes, para liberrar el santo Sepulcro del Salvador?

¿Quién no ve que esa especie de gente dejaría los escudos a la vera de los caminos y se pondría a llorar? ¿Son esos los verdaderos hijos de la Iglesia? ¿O son solamente una triste caricatura de lo que deberían ser?

Todas las ideas que se ocultan tras el concepto de “carola” tienen como sustrato común la convicción de que el católico debe ser dotado de una voluntad débil, eximio en la práctica de todas las virtudes pasivas, y totalmente incapaz de la práctica de las grandes virtudes activas.

Poniendo de lado los errores que se podrían emboscar en esta distinción entre las virtudes activas y pasivas, es preciso recordar que el Catolicismo es, por excelencia, la escuela de las almas grandes y fuertes, capaces de las audacias santas, de las energías inquebrantables, de los emprendimientos osados que la fe sabe inspirar. No hay heroísmo verdadero y completo fuera de la Iglesia. La santidad, que es el producto de la verdadera formación católica, otra cosa no es sino un grande heroísmo que arrebató toda el alma y la vuelve capaz de gestos tan altos y tan

grandes que, sin el auxilio de Dios, el hombre más enérgico del mundo no sería suficientemente fuerte para realizarlo.

Así, pues, debemos trabajar intensamente para que este prejuicio se disipe de modo completo. El “carola” –y la realidad manda que se confiese que hay algunos tipos que corresponden a la triste descripción que fue hecha– no es el católico auténtico sino la caricatura del verdadero católico. La humildad no es sentimentalismo



Rey Luis VII de Francia recibe la cruz de las manos de San Bernardo, aceptando así la Cruzada

Sebastien Mamerot, (CC3.0)



afectado, el amor al prójimo no es lirismo, la buena fe no es la estupidez. Al contrario, esas virtudes en lugar de empequeñecer al hombre, lo elevan y lo engrandecen.

Arrojo, combatividad, altanería

Un pequeño hecho puede ilustrar todo esto. Cierto sultán musulmán, prisionero en Europa durante la Edad Media, visitó las famosas catedrales que entonces se construían e hizo esta exclamación: “no puedo entender que almas tan humildes como las de los monjes que construyen estos edificios puedan, sin embargo, levantar monumentos tan altaneros”. En esa humildad como también en esa altanería está el secreto del perfecto equilibrio.

La grandeza de alma, la intrepidez, el espíritu de combatividad que elimina la humildad es falsa. Igualmente es falsa la humildad que disminuya la audacia, el espíritu de combatividad y la altanería.

Olvidados de que el Catolicismo es la única escuela del perfecto y completo heroísmo, de aquel heroísmo que sobrenaturaliza y santifica la personalidad entera del individuo y no solo algunas de sus cualidades, que conlleva una total inmolación de sí mismo, teniendo en vista una finali-

dad superior, muchos católicos llegan a tener una visión tan disminuida de su religión, que imbécilmente hacen recordar la queja del Salmo, cuando dice: “Están disminuidas las verdades entre los hijos de los hombres”.

Verdades que no están repudiadas, negadas ni pisoteadas. Sino verdades que pesan duramente sobre los hombros débiles de los que las profesan; verdades que, en lugar de ser tenidas por sus venturosos adeptos como un medio de triunfo espiritual sobre el pecado, la concupiscencia y el error, en lugar de ser consideradas como el camino indispensable de una espléndida ascensión espiritual, pesan duramente como si fuesen onerosas cadenas de cautiverio moral, dolorosos instrumentos de suplicio, cuyo portador hace de todo por atenuar su peso, empequeñecer su volumen, disminuyendo así este *onus*, que no obstante, lejos de ser en realidad un peso cruel, un estigma de cautiverio, en realidad es un salvavidas sin cuyo auxilio el hombre no sobrevive en la vida espiritual.

Censurables conceptos de bondad

Ocupa un lugar de destaque en esta triste galería de verdades dismi-

nuidas, de virtudes empequeñecidas, de sofismas interiores más o menos conscientes y más o menos cobardes, la noción que habitualmente se tiene de “bondad”.

Según la opinión corriente, ¿qué es una buena persona? Este concepto es eminentemente variable. Lo que se exige de una buena señora no se exige de un buen anciano; lo que se exige de un buen niño no se exige de un buen joven. La moral, para la gran mayoría de nuestros contemporáneos, varía casi completamente según la situación de cada cual, y no raras veces lo que en una persona, una señora por ejemplo, habría sido tenido como un precepto imperativo de moral, en un joven parecerá un ridículo y despreciable defecto.

La bondad, pues, según estos censurables conceptos, varía conforme el sexo y la edad. Veamos rápidamente algunos perfiles de personas habitualmente tenidas por “muy, muy buenas”.

Antes que nada, el concepto de “buen joven”. No hay, tal vez, expresión, de la que tan frecuentemente se abuse.

Haciendo la búsqueda de los defectos que un joven puede tener, sin por eso dejar de ser “bueno”, según la opinión corriente, verificamos en primer lugar que desde que no haya matado, herido gravemente a alguien, desde que no haya robado violentamente ni consuma tóxicos, entonces es calificado como bueno. Ese joven puede despilfarrar criminalmente su juventud arrastrándola por los peores antros de la ciudad, “Son chiquilladas”. Puede tener los más lamentables vicios, por ejemplo, el del juego: Si él no perdió la fortuna en la ruleta, o la embriaguez no le arruinó la salud, todo eso no pasa de ser sino una “chiquillada”. Aún puede practicar las más censurables liviandades en el terreno sentimental, como por ejemplo alimentar esperanzas y provocar decepciones, movido simplemente por la vanidad y el capricho. Todo eso sería muy gracioso, sin duda



Catedral de Colonia, Alemania



Misa en la capilla de San Marcos en Venecia,
Museo de Bellas Artes, Angers, Francia

tendrá “su lado pintoresco”, será típico de un joven que no quería ser tenido por alguien enteramente aburrido.

Evidentemente, según estas abominables reglas de moral, hay restricciones a ser establecidas. Un joven que contraiga imprudentemente un noviazgo con la intención de jamás cumplir su promesa de matrimonio, hará una cosa muy *graciosa*. Pero si la víctima de la aventura, en vez de ser una persona extraña a los adeptos de esa singular moral, fuera una hija, una hermana, o un pariente, solo por esto pasará a ser calificado como de un auténtico crápula.

Un joven que a título de chiquillada “arme un lío”, hará algo muy divertido, pero si durante el “lío” hiere gravemente a alguien, lo que en cualquier

lío puede suceder y, con eso, tener problemas con la policía, dejará de ser tenido como un buen joven y pasará a ser un “individuo que hasta tiene ficha en la policía”. En último análisis, todo esto se convierte en una adoración del éxito. Todo aquello que no dio en un fracaso será disculpable, por peor que sea; y todo aquello que fracasa será censurable. Todo aquello que no hiere los intereses personales es jocoso e interesante. Todo lo que los hiera será censurable y digno de condenación

Sacripantas que el mundo canoniza como buenos

Esa moral también tiene, evidentemente, sus otros puntos de vis-

ta y sus contradicciones. Un comerciante, afectado a veces por circunstancias imprevisibles, se declara en quiebra: fue un hombre que no pudo cumplir su palabra empeñada a sus acreedores, y por eso, a su alrededor se establece una opinión de reprobación.

Un hombre se va a casar, jura mantener una fidelidad plena a su esposa, sabe perfectamente que no obtendría el consentimiento de ésta para el matrimonio si ella supiera que tal juramento no es sincero, pero a pesar de todo esto, se casa. Después, rompe el compromiso asumido, por un acto libérrimo de su voluntad. Pero contra este hombre sólo existe la reprobación de los parientes de su esposa, los cuales ven como muy natural que otros hagan lo mismo con personas que les son extrañas.

En la moral comercial se presentaban aberraciones del mismo tipo. Un individuo, puede ocultar impunemente los defectos de la mercancía que proporciona y elevar desmesuradamente o bajar injustamente los precios, armar un *trusts* y lanzar en el desempleo a cientos o millares de empleados, todo esto es lícito. ¡Pero ay de él si roba un cigarro o un puro en casa de algún amigo!

Y así, sucesivamente, se ve cómo la moral mundana es completamente vacía, representando sólo la sobrevivencia de algunos vagos principios de la moral católica.

Por más que el tipo humano del “carola” sea irrisorio, ¿cómo no encontrarlo admirable, en comparación de los *sacripantas*¹, que tan frecuentemente el mundo canoniza como “buenos”? ❖

(Extraído de *O Legionário* N^o462,
20/7/1941 y N^o463, 27/7/1941)

1) Sacripante: personaje del poema épico Orlando furioso, de Ludovico Ariosto (1474-1533) Personaje pícaro y deshonesto, vil, sin dignidad



Elávio Lourenço

La Virgen con el Niño - Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán, México

Madre del género humano

La Redención realizada por Jesucristo llegó a nosotros a través de la Virgen María, y su participación en esta obra de la resurrección sobrenatural del género humano fue tan esencial y profunda que se puede decir que Ella cooperó para hacernos nacer a la vida de la gracia. Nuestra Señora es auténticamente nuestra Madre.

Dada la aguda ignorancia religiosa que reina en nuestros días, no faltan los que piensan que la Iglesia da a Nuestra Señora el título de Madre del género humano simplemente para describir de algún modo los sentimientos afectuosos y protectores que Ella siente hacia los hombres. Puesto que estos sentimientos son propios de las madres, por analogía Nuestra Señora sería también nuestra Madre. Y siendo pobres mendigos con relación a Ella, en su generosidad nos protege como si fuéramos sus hijos.

Gravedad del pecado original

La realidad, sin embargo, es muy diferente. No somos hijos de la Virgen simplemente por una adopción afectiva. Ella no es nuestra Madre sólo en el terreno ficticio o en el orden sentimental, sino con toda objetividad en el orden verídico de la vida sobrenatural.

Antes del pecado original, nuestros primeros padres, que vivían en el Paraíso, fueron creados por Dios para la gloria celestial, que podían alcanzar cruzando los umbrales de es-

ta vida en un tránsito que no tendría el dolor sombrío de la muerte, sino el esplendor de una glorificación.

Sin embargo, el pecado original, al romper la amistad con Dios en la que vivía la humanidad, cerró la puerta del cielo a los hombres y obstruyó el libre curso de la gracia de Dios hacia ellos. En otras palabras, con el castigo del pecado original, los hombres perdieron todo derecho al cielo y a la vida sobrenatural de la gracia.

Aunque no fue extinguida, es decir, no perdió la vida terrenal, la raza humana perdió, eso sí, el derecho

a la vida sobrenatural. Y sólo podría recobrar esa vida presentando a la justicia divina una expiación proporcionada a la enormidad de su pecado.

No es apropiado discutir aquí la naturaleza de este pecado. Es indudable que todos los teólogos, sin excepción, afirman que el pecado de Adán no tiene nada en común con el pecado de impureza, contrariamente a una versión muy difundida en el pueblo. Pero la narración bíblica muestra claramente los refinamientos de rebeldía que agravaron considerablemente el delito de nuestro primer padre.

De hecho, uno de los elementos para evaluar la gravedad de una ofensa es medir la dignidad de la persona ofendida. Una misma impertinencia cuando se le dice a un hermano es mucho menos grave que cuando se le dice a un papá. Un chiste común entre colegas podría constituir una grave irreverencia si se hiciera a un Jefe de Estado, y así sucesivamente. Ahora bien, Dios es infinitamente grande. Por eso no es difícil evaluar la gravedad del pecado original. Una ofensa hecha al Infinito sólo podía ser restaurada convenientemente por medio de una expiación infinitamente grande. Y no está en el poder del hombre, que es un ser contingente por naturaleza y envilecido por el pecado, ofrecer al Creador un desagravio tan valioso. Por lo tanto, aquello que nos unía a Dios parecía haber sido definitivamente cortado, e irremediable la humanidad se arrojaba locamente a la decadencia traída por el pecado.

Nuestra Señora transmitió la naturaleza humana al Salvador

Para remediar tan insoluble situación, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, encarnándose en el purísimo seno de la Virgen Ma-

ría, asumió la naturaleza humana sin perder nada de su divinidad, y el Hombre-Dios, así constituido, pudo presentarse a la justicia del Padre como el Cordero expiatorio del género humano. De hecho, como Hombre, Nuestro Señor Jesucristo podía ofrecer una reparación que era verdaderamente humana. Pero en virtud de la dualidad de las naturalezas existentes en Él, esta expiación, aunque humana, tenía un valor infinito, ya que consistía en la efusión generosa y superabundante de la San-

gre infinitamente preciosa del Hombre-Dios.

Así, en el sacrificio del Calvario, Nuestro Señor apaciguó la justicia divina e hizo renacer para el cielo y a la vida sobrenatural de la gracia, a la humanidad que estaba absolutamente muerta en todo lo que tenía que ver con lo sobrenatural. Si Dios, uno y trino, es nuestro Creador, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, encarnándose, se convirtió en nuestro Padre por un título muy especial, que es el de la Redención. Je-



Pecado original - Museo de Historia, Barcelona



DE MARIA NUNQUAM SATIS

sús, al morir, nos dio la vida sobrenatural. Y el que da la vida es verdaderamente padre, en el sentido más amplio de la palabra.

Si el género humano pudo beneficiarse de la Redención, fue porque la Segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo Hombre, ya que el pecado de los hombres debía ser reparado.

Ahora bien, si Jesucristo asumió la naturaleza humana, lo hizo en la Virgen María, y así Ella cooperó de manera eminente en la obra de la Redención, transmitiendo al Salvador la naturaleza humana que en los designios de Dios era una condición esencial para la Redención. Además,

María Santísima ofreció a su Hijo de una manera total y supremamente generosa como víctima expiatoria, y aceptó sufrir con Él, y por Él, el océano de dolores que la Pasión hizo brotar en su Inmaculado Corazón.

Así, pues, la Redención nos vino por medio de la Virgen María, y su participación en la obra de la resurrección sobrenatural del género humano fue tan esencial y tan profunda que se puede afirmar que María cooperó para hacernos nacer a la vida de la gracia. Por lo tanto, ella es, auténticamente, nuestra Madre. Subrayando, pues, que no se trata de digresiones sentimentales o literarias, sino de

realidades objetivas que, aunque sobrenaturales, son, sin embargo, absolutamente verdaderas, y por eso mismo son sobrenaturales.

Invitando a los fieles a adorar al Santísimo Sacramento, la Iglesia exclama en la Sagrada Liturgia: *Quantum potes, tantum aude*, es decir, ten la audacia de amar tanto como tu corazón te lo permita.

Verdad teológica profundamente medular

Lo mismo hay que decir a esta altura. Ante la maravillosa realidad de la maternidad de María en relación con los hombres, realidad que constituye una verdad seria, teológica, profundamente medular, el hombre debe romper decididamente para que se dilaten plenamente los estrechos límites de su corazón, sin miedo, y navegue sin recelo por el océano de amor que se despliega ante sus ojos. Los artificios de la retórica humana no son indispensables aquí. Una reflexión madura de la realidad bastará para llenar al hombre de amor.

De acuerdo con toda la doctrina católica, San Luis Grignon de Montfort apunta a las grandezas de María Santísima. Demostrando que es Madre, ¿qué es más conveniente y más necesario que el conocimiento de la dignidad suprema y de la misericordia insuperable que Ella posee?

Santo Tomás de Aquino dice que Nuestra Señora recibió de Dios todas las cualidades con las que Dios pudiera colmar a una criatura. Por lo tanto, Ella se encuentra en la cúspide de la Creación, cimentando su trono por encima de los más altos coros angélicos y siendo inferior únicamente al propio Dios, quien, como infinito que es, está infinitamente por encima de todos los seres, incluida Nuestra Señora.

Se acostumbra decir que Nuestra Señora brilla más que el sol, tiene la

Flávio Lourenço



Coronación de la Santísima Virgen - Museo del Louvre, París

suavidad de la luna, la belleza de la aurora, la pureza de los lirios y la majestad de todo el firmamento. Mucha gente asume que todo esto no pasa de hipérbolos. Sin embargo, estas comparaciones pecan por su irremediable deficiencia. El sol, la luna, la aurora y todo el firmamento son seres inanimados y, por lo tanto, están colocados en la última escala de la Creación. Es inadmisiblemente que Dios los haga tan hermosos dándole al hombre dones menores. Y por esta misma razón, la más menospreciada de las almas de aquellos que han muerto en paz con Dios tiene una belleza que supera incomparablemente a la de todas las criaturas materiales.

¿Qué decir, entonces, de Nuestra Señora, colocada incalculablemente más arriba no sólo de los más grandes santos, sino incluso de los ángeles más exaltados en dignidad ante el trono de Dios? Un campesino que fuera a asistir a la ceremonia de coronación del rey de Inglaterra, volviendo a su ambiente nativo, probablemente no encontrara otros términos para explicar la magnificencia de lo que vio, sino afirmando que fue más hermoso que las fiestas en la casa de don Tónico, el hombre menos pobre de la zona. Si el rey de Inglaterra oyese esto, ¿qué otra cosa podía hacer además de sonreír? Porque nosotros, cuando tratamos de describir la belleza de Nuestra Señora en los escasos términos del lenguaje humano, jugamos el mismo papel... y Ella también sonríe.



El Dr. Plinio el 3 de mayo de 1939

Único canal necesario

No es de extrañar, entonces, que sea verdad de Fe que Dios se complace tanto con Nuestra Señora que siempre concede una petición hecha a través de Ella, aunque no cuente sino con su apoyo. Y que si todos los santos pidieran alguna cosa que no fuera a través de Ella, no obtendrían nada. Porque, como dice Dante, querer orar sin Ella es lo mismo que querer volar sin alas...

Así, pues, todas las gracias nos vienen de Nuestra Señora, Ella es la medianera universal de todos los hombres junto a Nuestro Señor Jesucristo.

Pero si todas las gracias nos vienen de Ella, y si nuestra vida espiritual no es más que una larga sucesión de gracias a las que correspondemos, o renunciamos a tener una vida espiritual, o debemos entender que será tanto más dulce, más intensa y más perfecta, cuanto más cerca estemos de ese único canal de gracias que es Nuestra Señora. Dios es la fuente de la gracia, Nuestra Señora el único canal necesario, y los santos meras ramificaciones, venerables y dignas de gran amor, del gran canal que es Nuestra Señora.

¿Queremos tener la gracia inestimable del espíritu católico? ¿Queremos tener la inapreciable virtud de la pureza? ¿Queremos tener el tesoro sin precio que es el don de fortaleza, queremos ser a la vez mansos y enérgicos, humildes y

dignos, piadosos y activos, meticulosos en nuestros deberes y enemigos de los escrúpulos, pobres de espíritu, aunque vinculados a las riquezas del mundo, en una palabra, fieles y devotos servidores de Nuestro Señor Jesucristo? Vayamos al trono que Dios ha dado a Nuestra Señora, y en el descanso amoroso de la Iglesia Católica, nuestra Madre, pidamos a Nuestra Señora, también Madre nuestra, que nos haga semejantes a su Divino Hijo. ❖

(Extraído de El Legionario n. 378 del 10/12/1939)

SANTORAL

1. María Madre de Dios.

San Vicente María Strambi, obispo (+1825). Al poco tiempo de ser nombrado obispo de Macerata y Tolentino, Italia, como no quiso jurar fidelidad a Napoleón, este lo envió al exilio. Tiene el mérito y el honor de ser el biógrafo de su fundador, San Pablo de la Cruz.

2. Santos Basilio Magno (+379) y Gregorio Nacianceno (+389), obispos y doctores de la Iglesia.

Beata Estefanía Quinzani, virgen (+1530). En Soncino, Italia, fundó un convento de terciarias dominicas.

3. Santísimo Nombre de Jesús.

San Antero, Papa (+236). En el tiempo de Julio Maximino, gobernó la Iglesia por solo cuarenta y tres días, porque fue asesinado en la Vía Apia.

4. Santa Isabel Ana Seton, fundadora (+1821). Nació en Nueva York.

Sus padres eran protestantes. A los veintinueve años, viaja a Italia con su marido y sus cinco hijos. Allí fallece su esposo y la acoge una familia católica, testimonio de vida cristiana. Fueron ejemplo de caridad para ella, caridad que atribuye al hecho de profesar ellos la fe y la religión verdadera; se vuelve fervorosa católica y en represalia los parientes protestantes la despojan de todos sus bienes.

5. San Simeón el Estilita, confesor (+459). Vivió una buena parte de su vida con gran austeridad, en la parte superior de una estrecha columna; practicaba ayunos y vigiliadas de oración. La virtud de la pronta obediencia a sus superiores, desvaneció las dudas de algunos con respecto a su santidad.

6. Reyes Magos

Santa Rafaela María, fundadora (+1925). En 1877 fundó en Córdoba, España, las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, para adorar el Santísimo Sacramento y favorecer la educación infantil. En 1893, su hermana de sangre y cofundadora de la congregación, junto a otras religiosas, la depuso del cargo de superiora. Desde ese momento la desprecian y terminan ignorándola hasta su muerte. Fue ejemplo de vida piadosa, oración y humildad, en esta prueba tan inesperada y terrible.

7. Epifanía del Señor

San Raimundo de Peñafort, presbítero (+1275).

Beata Teresa Haze, religiosa (+1876). Soportó con santidad, las vicisitudes padecidas como religiosa, debido al clima de animosidad contra la Iglesia, generado en la Revolución Francesa.

8. Bautismo del Señor.

San Pedro Tomás, patriarca, mártir (+c. 1366). Como Legado Papal

en Constantinopla, en una batalla, se colocó entre los bandos alzando una cruz, lo golpearon y le causaron heridas que meses después lo llevarían a la muerte.

9. Beata María Teresa de Jesús Le Clerc, virgen (+1622). Con San Pedro Fourier, fundó la Congregación de las Canónigas Regulares de Nuestra Señora, en Nancy, Francia, bajo la Regla y espiritualidad de San Agustín.

10. Beata Leonia Francisca de Sales Aviat, virgen (+1914). A los seis años, fue a vivir al convento de las Hermanas de la Visitación de Troyes, que sembraron con su ejemplo y enseñanzas, las virtudes cristianas que practicó en su vida.

11. San Higinio, Papa (+142). Octavo sucesor de San Pedro, oriundo de Atenas. Restituyó, reguló y perfeccionó, los diferentes grados eclesiásticos.

San Vital de Gaza, monje (+625).

12. San Modesto, obispo (+s. IV).

Santa Margarita Bourgeoys, misionera (+1700). Nacida en Troys, Francia. Viajó a Canadá, donde realizó una heroica misión evangelizadora, hasta fallecer, meses antes de cumplir los ochenta años de edad.

13. San Hilario de Poitiers, obispo y Doctor de la Iglesia (+367).

Santos Gumersindo y Servideo, mártires (+850). Decapitados por musulmanes en Córdoba.

14. II Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Macrina la Mayor, viuda (+340). Madre de San Basilio el Anciano y abuela de San Basilio Magno.

15. San Mauro, religioso (+584). Desde los doce años, San Benito de Nursia lo tuvo a su cuidado y él vivió tan radicalmente su vida de monje,



San Pedro Nolasco



Santa Rafaela María

que los coterráneos lo consideraban su heredero espiritual.

16. San Bernardo y compañeros, mártires (+1220). Llegaron a Marruecos enviados por San Francisco, pero el emir Miramamolín dio la orden para asesinarlos.

17. San Antonio, abad (+356). Considerado el patriarca de los cenobitas.

Beata Roseline de Villeneuve, virgen (+c. 1329).

18. Beata Regina Protmann, virgen (+1613). Movida por el amor a los pobres, fundó la Congregación de las Hermanas de Santa Catalina en Braniewo, Polonia.

19. Beato Jaime Hilario Barbal Co-san, mártir (+c. 1937). Religioso de

las Escuelas Cristianas, martirizado durante la Guerra Civil española.

20. San Neófito, mártir (+s. IV). Durante la persecución de Diocleciano, teniendo quince años de edad, fue decapitado por odio a la Fe.

21. III Domingo del Tiempo Ordinario

Santa Inés, virgen y mártir (+ 304). A los doce años de edad, por negarse a casarse con un pagano, fue sentenciada a muerte, manteniendo en estas circunstancias con entereza, el amor a Jesucristo.

22. San Vicente, diácono y mártir (+304).

23. San André Chong Hwa-gyong, catequista y mártir (+1840).

24. San Francisco de Sales, obispo y doctor de la Iglesia (+1622).

Beato José Timoteo Giaccardo, religioso (+1948). Uno de los primeros miembros del instituto fundado por el P. Santiago Alberione. Murió por leucemia.

25. Conversión de San Pablo Apóstol.

Beato Manuel Domingo y Sol, presbítero (+1909). Fundó la Sociedad de Sacerdotes Obreros del Corazón de Jesús, en Tortosa, España.

26. Santos Timoteo y Tito, obispos.

Santa Paula, viuda (+404). Fundó un monasterio cerca de Belén de Judá (Tierra Santa), donde vivió con su hija Santa Julia Eustoquio.

27. Santa Ángela de Méricsi, virgen (+1540).

Santos Roberto, Alberico y Esteban Harding, abades cistercienses (+1110, 1119, 1134). Esteban, nacido en Inglaterra, viajó a Francia y entró como religioso a la Abadía de Molesmes de la cual salió, junto con Alberico y Roberto, anhelando una vida religiosa más

austera, para fundar un monasterio que sería el origen de la Orden del Císter.

28. IV Domingo del Tiempo Ordinario

Santo Tomás de Aquino, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1274).

San Valerio, obispo (+315). Era obispo de Zaragoza y murió en el destierro, decretado por el pro cónsul Daciano.

29. San Aquilino, mártir (+584). Queriendo convertir unos arrianos, estos lo decapitaron.

30. Santa Jacinta Mariscotti, virgen (+1649). De una vida mundana, se convierte y entra a la Orden Terciaría Franciscana. Promovió hermandades para asistir ancianos y la adoración Eucarística.

31. San Juan Bosco, presbítero (+1888).



San Pedro Tomás



Una prefigura de los apóstoles de los últimos tiempos



Antoine Tavenaux (CC0.0)

San Pablo
basílica de
San Pablo
Extramuros,
Granada

San Pablo era un hombre violento y buscaba exterminar a los cristianos. Dios lo convirtió y le concedió la gracia de realizar un apostolado extraordinario, por la calidad o cantidad de las personas que abrazaban la Fe. Él abrió un surco sobre el cual la Iglesia Católica se desarrolló, y después dio el primer paso esencial para el derrocamiento del paganismo en el Imperio Romano.

El 25 de enero se conmemora la fiesta de la conversión del apóstol San Pablo. En el pasaje de los Hechos de los Apóstoles leído en la liturgia de ese día, hay material para comentarios.

Respiraba amenazas de muerte contra los cristianos

En aquellos días Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para la sinagoga de Damasco, para que, si encontraba hombres y mujeres empeñados en aquel camino, llevarlos prisioneros a Jerusalén.

Y mientras caminaba, se acercó a Damasco. De repente, una luz del cielo lo rodeó, y cuando cayó al suelo, oyó una voz que le decía: “¡Saulo! ¡Saulo! ¿Por qué me persigues?”

Saulo dijo: “¿Quién eres, Señor?” Y Él respondió: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. “Duro te es dar coces contra el aguijón”. Entonces, temblando de terror, dijo: “Señor, ¿Qué quieres que haga?” Y el Señor le respondió: “¡Levántate y entra en la ciudad! Ahí te dirán lo que debes hacer”.

Ahora bien, aquellos que lo acompañaban estaban espantados al escuchar la voz, pero no veían a nadie. Entonces, Saulo se puso de pie, y teniendo los ojos abiertos, no veía nada.

De esta manera, llevado de la mano, lo introdujeron en Damasco, donde pasó tres días sin ver, sin comer ni beber. Había en Damasco un discípulo llamado Ananías; y, en una visión el Señor le dijo: “¡Ananías!”, y él respondió: “¡Aquí estoy, Señor!” Y el Señor agregó: “¡Levántate y ve a la calle que se llama Derecha y busca en la casa de Judas a un hombre llamado Saulo de Tarso! Porque él está allí orando”.

(Saulo también vio a un hombre llamado Ananías que entraba e imponía sus manos sobre él para hacerle recuperar la vista).

Ananías respondió: “Señor, he oído hablar mucho de este hombre y del mal que ha hecho a nuestros santos en Jerusalén. Aquí mismo tiene el poder de los príncipes de los sacerdotes para arrestar a todos los que invocan tu nombre”. Pero el Señor le dijo:



Conversión de San Pablo - Museo Catedralicio, Valencia

“Ve, porque este es un vaso de elección escogido por mí para llevar mi nombre delante de los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto deberá él sufrir por mi nombre”.

Entonces Ananías salió y entró en la casa. Y poniendo sus manos sobre él dijo: “Saulo, hermano, el Señor Jesús que se te apareció en el camino por donde venías me envió para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo”. Inmediatamente cayeron de sus ojos como unas escamas y recuperó la vista. Y cuando se levantó fue bautizado. Habiendo comido que-

dó confortado. Estuvo algunos días con los discípulos que estaban en Damasco.

Y comenzó entonces a predicar en las sinagogas a Jesús, diciendo que Él era Hijo de Dios. Pero todos los que lo oyeron se asombraron, y comentaban: “¿No es éste pues el que persiguió en Jerusalén a los que invocaban este nombre? ¿Y no vino aquí para tomarlos prisioneros y entregarlos a los príncipes de los sacerdotes?”.

Saulo, sin embargo, se hizo más y más fuerte y confundió a los judíos que moraban en Damasco, afirmando que Jesús es el Cristo (Hch 9, 1-22).



Flávio Lourenço



San Pablo, ciego, ante Ananías - Iglesia de San Pablo, Zaragoza

secución. Se ve que eran autoridades medio acomodadas; y él, celoso, quería poner fin a lo que consideraba herejía; por lo tanto, pide cartas.

Por tanto, es él quien desata la acción un tanto indolente de las autoridades y se propone exterminar, en sus diversos núcleos, la pseudo-heresía naciente.

Provisto de estas cartas y lleno de violencia –se dice que Saulo respiraba amenazas de exterminio–, él se va caminando a Damasco porque quería acabar con esa nueva secta en aquella ciudad.

En la respuesta de Ananías a Dios nuestro Señor, se ve que Saulo era famoso por la violencia: “Este hombre tiene fama de ser muy violento contra nosotros”. Es decir, era considerado como un enemigo capital de los católicos.

Un agujón que actuaba sobre Saulo: la gracia

Saulo caminaba por el camino hacia Damasco, y el texto incluso usa una expresión curiosa para indicar esta marcha en la que respira violencia. Dice así: “Y caminando, se acercó a Damasco”. Es decir, es una marcha un poco larga. Uno tiene la impresión de que con ese galope la ira se hace cada vez mayor, hasta que se aproxima de Damasco.

Entonces, para este hombre violento, se da un acontecimiento violento: una voz que le habla. Es decir, es el orden de las cosas invisibles lo que se abre para él y una advertencia: “Saulo, ¿por qué me persigues?”

Es una pregunta que importa en una censura violenta. Porque él estaba resistiendo a una violencia interior, rechazando gracias: “Duro te es dar coces contra el agujón” (Hch 9:5).

Es decir, la gracia era un agujón que soplabla sobre Saulo, y él rechazaba esa gracia. Entonces, para llevar el agujón hasta lo máximo hay

Hombre célebre por la violencia

Esta narración es tan rica en detalles sabrosos que uno queda en duda sobre qué comentar. Pero uno de los rasgos curiosos presente en

toda esta historia es la violencia. Es una historia que es violenta en sus líneas generales y en sus detalles principales.

Saulo es un hombre violento. Él toma la iniciativa de pedir a las autoridades de la sinagoga cartas de per-

una violencia aún mayor: se cae del caballo.

Para alguien que está a caballo, la mayor violencia posible es caerse del caballo.

Y él sintió la violencia.

— “Señor, ¿qué quieres que haga?”

Esta caída es seguida por una violencia aún peor: la ceguera. Aparte de morir, lo peor que podía pasar era caerse del caballo y quedarse ciego.

Para un hombre del temperamento de San Pablo no hay nada peor, porque la condición humana más incompatible con la de la violencia es la del ciego. Y otro lo tomó de la mano; era el único remedio.

Paso esencial para el derrocamiento del paganismo en el Imperio Romano

Podemos imaginar lo que significó para la comunidad católica de Damasco ese hombre siendo llevado a la casa de Ananías; los comentarios más ardientes a los que dio paso esta fantástica escena... Ciertamente esto circuló rápido y fue mucha gente a ver a Saulo, acostado debido a la ceguera, para hablarle. O sea, se produjo una gran efervescencia.

Luego viene un trato violento de él consigo mismo: pasó tres días sin comer ni beber; ayuno duro. Entonces las escamas cayeron de sus ojos y comenzó a ver.

La narración explica curiosamente que se confortó mucho. Es decir, no estaba quebrado en lo más mínimo, pero tan pronto como se le dio lo que necesitaba, se estiró, se levantó de nuevo y quedó dispuesto para la lucha. Se convierte en un líder que va a las sinagogas y lugares públicos para predicar el nombre de Jesús contra el cual el Sanedrín se había levantado. En el diálogo Iglesia versus sinagoga hubo una especie de cambio estrepitoso. Es el líder de la

violencia que se desplaza con toda su violencia hacia el otro lado.

Entonces, todo esto es una operación violentísima que precedió al apostolado de San Pablo, que fue el de la violencia, no sólo por su carácter que marcó todo lo que hizo, sino porque lo hizo como sólo lo hace un hombre capaz de hacerse violencia a sí mismo. Se enfrentó a riesgos que

sólo enfrentan los violentos. Pero todo esto no es nada cerca de la acción violenta que su apostolado representó en el mundo antiguo.

Lo contrario de la “herejía blanca”

Su oración final tiene una nota de santo y violento en relación a Dios



San Pablo es bautizado por Ananías - Iglesia de San Pablo, Zaragoza



nuestro Señor. Porque él dice algo que la mayoría de los hagiógrafos y teólogos “herejía blanca”¹, llamarían falta de humildad. Pero como es San Pablo, no tienen más remedio que quedarse callados.

En el momento de morir, sería tan legítimo que él dijera: “Señor, ten piedad de mí, y según la multitud de tus misericordias borra mis pecados”. No. Él afirmó: “¡Señor, combatí el buen combate... dadme ahora el premio de vuestra gloria!” (cf. 2 Tm 4,7-8).

Es una especie de testimonio brillante que él da de su propia fidelidad, y casi como si dijera: “Señor, el cheque ya fue llenado y yo estoy cerca del mostrador. ¡Págame! Mi vida me ha valido el premio que tu justi-

cia me prometió”. Como hombre de conciencia tranquila, se presentó ante Dios.

Todo esto es lo contrario de una de las facetas que muestra la “herejía blanca”. A ésta no le gustan las conversiones violentas, ni le gusta pensar en conversiones de hombres sabios o que cambian las cosas. La “herejía blanca” no considera el cuerpo de la Iglesia o la sociedad humana como un conjunto, en el que hay hombres clave, sino que aprecia algunas pequeñas conversiones individuales que son narradas así:

“Fulano de tal estaba con el alma muy agitada. Y en un momento en que la radio estaba tocando una canción melosa, muy suavemente,

se convirtió. Quedó en paz de alma, se retiró, se alejó del ajetreo y el bullicio de todas las cosas humanas, y ahora no hace más que rezar.”

Yo comprendo incluso que una conversión podría darse así. Porque los caminos de Dios son muchos. Pero presentar la conversión como siendo sólo de esta manera, no es legítimo.

Y este tipo de golpe fuerte dado por San Pablo en el adversario: primero en la sinagoga y luego en el Imperio Romano. Al “herejía blanca” no le gustan estos golpazos ni de los hombres que tengan una palabra que es como espada de doble filo, que alcanza la unión del alma con el espíritu. Solo aprecia a las personas que dan algunos consejos que hacen

Flávio Lourenço



San Pablo en el Areópago - Catedral de Faro, Portugal

que los otros estén más tranquilos, más serenos...

Don de la santa violencia

Había un sacerdote en São Paulo –muy viejo, una especie de hombre preeminente– de quien se decía que era el director espiritual de los ateos de la ciudad. Se trataba de aquellos antiguos ateos con un remanente de religión y que cuando se aburrían con cualquier cosa, buscaban al padre y le decían: “Me arrepiento de no tener fe porque la religión es una gran cosa”. Y luego le decían a los demás: “¡Qué palabra de unción me dijo el sacerdote! Salí de allí tranquilizado”.

Es decir, la palabra no es para convertir, sino solo para endulzar, un bálsamo que frota sobre la herida sin curarla. Es como una persona que tiene mucha fiebre y se le concede un terrón de azúcar para chupar; es una cosa dulce que distrae un poco de las amarguras de la fiebre.

Este sacerdote hoy es más que un nonagenario. Según una información muy segura que tuve hace unos días, él tiene ya su clergyman listo, porque quiere ser uno de los primeros sacerdotes en São Paulo en quitarse la sotana y ponerse este nuevo traje.

¿Qué debemos pedirle a San Pablo?

Es evidente que Nuestra Señora obtuvo para él este don de la santa violencia, porque San Pablo se enfrentaba con demasiados obstáculos para derrocar. En ese momento de luchas era necesario derrocar al paganismo. Debemos pedirle a la Santísima Virgen esta santa violencia para destruir la Revolución, que es hoy mucho más poderosa de lo que era el paganismo en la época del Imperio Romano.



El Dr. Plinio en 1965

De manera que se puede comprender que los apóstoles de los últimos tiempos tengan una violencia a la San Pablo.

De hecho, bajo algunos aspectos, San Pablo puede considerarse una prefigura de los apóstoles de los últimos tiempos. Cuando leemos aquella *Oración Abrasada* de San Luis Grignon y comparamos lo que se dice allí con San Pablo, las analogías son enormes, muchas cosas se refieren unas a las otras admirablemente.

Desde una ciudad consagrada a San Pablo partió el movimiento contrarrevolucionario

Aquí hay algunos comentarios sobre San Pablo. Podríamos añadir otra consideración.

Es curioso que desde una ciudad consagrada a San Pablo haya partido el movimiento contrarrevolucionario en Brasil, que ahora se está irradiando a otros países. Es decir, uno tiene la impresión de que el apóstol San Pablo quiere que los nacidos en su ciudad tengan esta iniciativa. Y, por otro lado, lo que una vez se llamó el espíritu paulista tenía algo del vigor, la fuerza, la intrepidez, la iniciativa, el sentido organizativo propio a aquéllos que deben desarrollar una acción amplia en cierto sentido universal e imperialista. Los “bandeirantes”² tenían, como una prefigura natural de algunas cualidades que un contrarrevolucionario debe poseer en el plano sobrenatural.

Debemos recordar hoy particularmente de rezar a San Pablo. Es muy natural y justo para que él nos dé ese espíritu suyo, o sea, el de los Apóstoles de los Últimos Tiempos. ❖

(Extraído de conferencia del 25/1/1965)

- 1) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar una mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, la cultura, el arte, etc. Las personas afectadas por ella se vuelven suaves, mediocres, poco propensas a la fortaleza, así como a todo lo que significa esplendor.
- 2) Exploradores, pioneros, que abrieron camino en las inmensidades brasileñas entre los siglos XVI y XVII. En general, descendientes de europeos, sobre todo portugueses.

La Bretaña medieval en una historieta



Describiendo las costumbres aún medievales de Bretaña, la historia de Bécassine marcó profundamente la formación de los niños de antes de la II Guerra Mundial, impregnando la infancia de encanto e inocencia.

A mi ver, a fines del siglo XIX hasta II Guerra Mundial, más o menos, todos los niños franceses, o gran parte de ellos, e inclusive los extranjeros educados al estilo francófilo, se encantaron durante su infancia con la historia de Bécassine.

Reminiscencias de la Bretaña medieval

Se trata de una niña bretona poco dotada de inteligencia, que, no obstante, representaba la bondad. Ella tenía

una prima hermana llamada Marie Quillouch —*louche, louchée*, en francés, significa bizca; Marie Quillouch significaba María Bizca— la cual representaba la maldad. Ambas nacidas en Bretaña.

Esta región fue evangelizada remotamente por San Luis María Grignon de Montfort, constituyéndose en uno de los reductos católicos y monarquistas de Francia, donde las costumbres medievales conservaron mucha fuerza hasta casi la II Guerra Mundial.



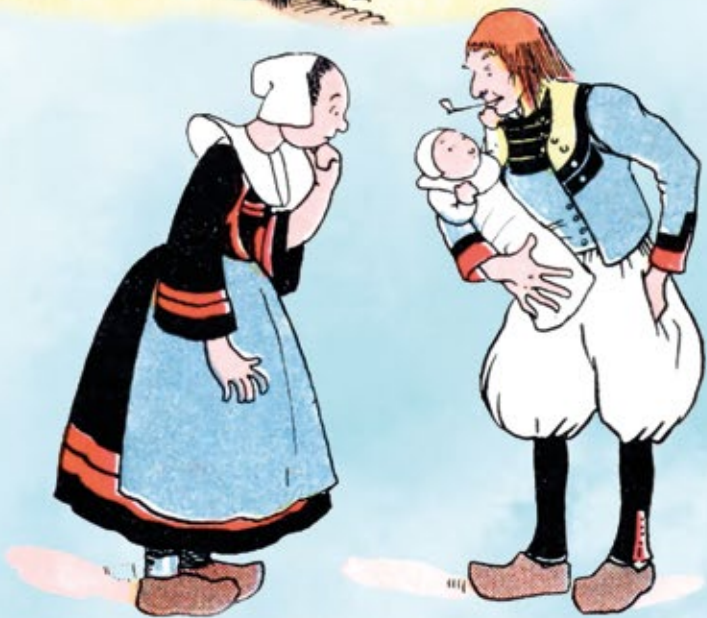
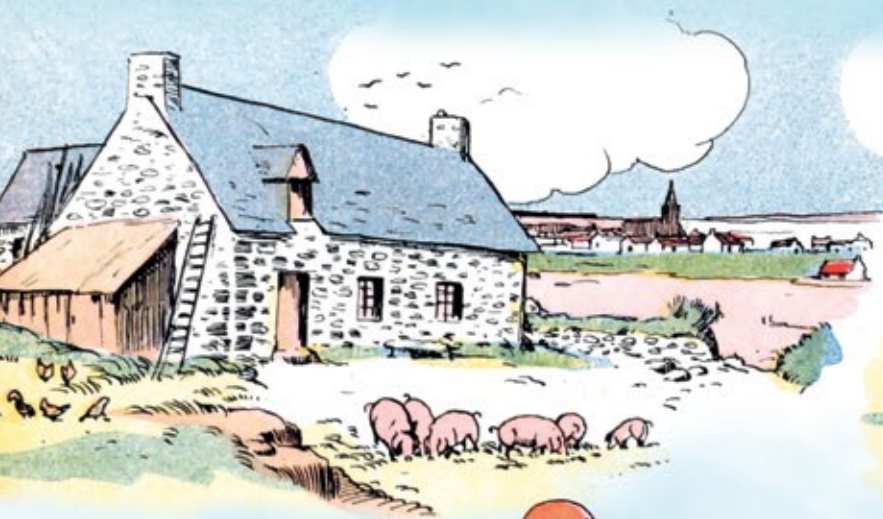


Después de este terrible acontecimiento estuve en Francia y, al visitar el castillo de Versalles, tuve la alegría de ver una bretona con su sombrero entre las personas del pueblo que visitaban el castillo. En el tiempo de Bécassine, Bretaña tenía todavía castillos con sus castellanos; la población era agrícola, todo el mundo se vestía como en la Edad Media. En las aldeas en que vivían, aún no habían penetrado los automóviles.

Clocher-les-Bécasses era una aldea pequeña que tenía un castillo ahí cerca donde vivía la familia de los castellanos; el marqués y la marquesa de *Grand-Air*, es decir, gran aire, gran estilo o gran categoría.

El marqués, en la jerarquía nobiliaria, es el título que más expresa una mezcla de alta distinción con delicadeza. El duque ya tiene cualquier cosa de imperativo, de mandón, y está casi en la realeza. El marqués no. Él es el ápice de la nobleza media, donde ella florece en lo que tiene de más delicado, más suave, afable, ameno y muy quintaesenciado también. Entonces, cuando se quiere decir que una señora tiene la plenitud de la gracia, del encanto, de la delicadeza y de la fragilidad femenina, además de la quintaesencia de la aristocracia, se dice: es una marquesa. O entonces en estilo masculino, el marqués.





La historia de Bécassine nos presenta muchos diseños dispuestos en cuadrillos con dichos abajo –en aquella época los niños leían–, contando la historia de la niña bretona, y describiendo las costumbres aún medievales de la Bretaña de aquel tiempo. Los cuadrillos tenían diseños bonitos con paisajes que llevaban al reposo, con colores claros, pues ese colorido inocente de la Bretaña era muy propio para formar la mentalidad de un niño y darle todo aquel equilibrio psíquico y estabilidad que debe tener, totalmente opuesto al Drácula y a los monstruos norteamericanos de rostro deformado.

Profunda tradición en el ambiente natal de Bécassine

En el primer cuadrillo aparece la casa donde nació Bécassine y el texto explica el diseño. Era una casa de campesinos, en general hecha de piedra, con techo de paja, y

un criadero de cerdos. Por más pobre que fuera, la casa era bonita, proporcionada y acogedora.

Annaik Labornez, destinada a la celebridad con el nombre de Bécassine tuvo por primera morada la granja que sus padres cultivaban en Clocher-les-Bécasses, no muy lejos de Quimper.

Su nacimiento no fue señalado, como el de los héroes de la antigüedad, por temblores de tierra y lluvias de fuego. Se observó solamente en esa época un gran revuelo de pájaros salvajes, gansos, patos y gallinas.

En la escena, los campesinos parecen muy espantados viendo pasar las bandadas de pájaros. Noten los trajes. Uno de ellos está montado a caballo, vistiendo un sombrero con cinta negra, un saco azul claro, un pantalón azul claro, un pantalón marrón con una especie de polaina hecha de paño, y zapatos. Los demás hombres que están a pie, se visten de la misma forma. Las mujeres están todas cubiertas, con vestidos muy decentes: faldas grandes, ta-mangos, un sombrero siempre limpio y muy bien arreglado. Además, vemos aquellas construcciones heredadas de los druidas y que son tan características del paisaje bretón.

En otra figura podemos ver más de cerca el traje del campesino y de la campesina. Ropas que no indican ninguna vanidad, sino una cierta preocupación en presentarse digna y decentemente; todo eso da una idea de gusto y mucha inocencia. No hay la mínima sensualidad o pretensión en ellos.

Noten los personajes: no tienen nerviosismo; son campesinos calmados, que caminan despacio, comen, piensan y también viven despacio.

Annaik Labornez era una bebé fuerte, rosada y rolliza. Tenía ojos y una boca minúsculos, y su nariz era tan pequeña que casi no se veía.

Ahí está acostada en la cuna. Es interesante notar como era bonita la cuna de un niño en ese contexto. Tra-

bajada a mano, probablemente de roble, la cuna era hecha de tablas yuxtapuestas, con un dispositivo debajo para que pudiera rodar en cuanto acunaban a la niña; y la parte frontal era toda trabajada a mano.

Durante la larga temporada de invierno, cuando no tenían nada que hacer, pues la naturaleza estaba toda helada, día y noche los campesinos se dedicaban a fabricar muebles, tejer ropas, además de embellecer las respectivas casas, organizándolas y limpiándolas, de manera

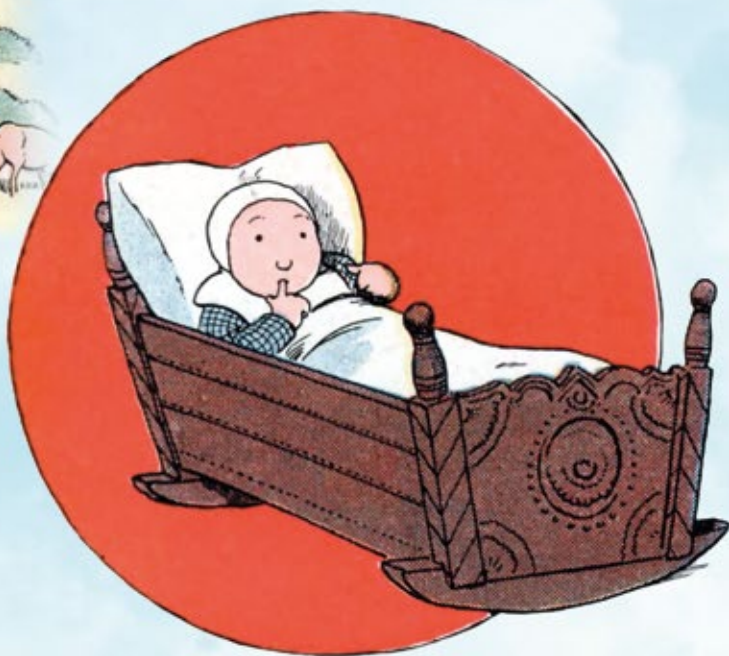
na con aquellas dos alas. Con frecuencia, la ingenua niña se quedaba sin comprender las cosas que ella misma decía, pero era muy bien intencionada, cargando aquella tradición bretona de fidelidad, bondad y dedicación.

Esa naricita corta indignaba aún más al matrimonio Labornez por causa de una prima de la misma edad de Annaik, Marie Quillouch, que no dejaba nada que desear del punto de vista de la nariz.

Marie Quillouch, al contrario, era bizca, tenía el rostro alargado, la nariz puntiaguda y su boca estaba siempre lista para decir insultos, pues era malhumorada.

Esa extraña creencia estaba ligada, sin duda, a lo que se observaba en el pequeño burgo, durante la temporada de verano, o sea, la presencia de un gran sabio, miembro de numerosas academias que era dotado de un formidable apéndice nasal.

Es la caricatura de un viejo profesor de antes de la I Guerra Mundial. Este personaje tenía un narigón, era casi enteramente calvo, llevaba un sombrero y vestía una espe-



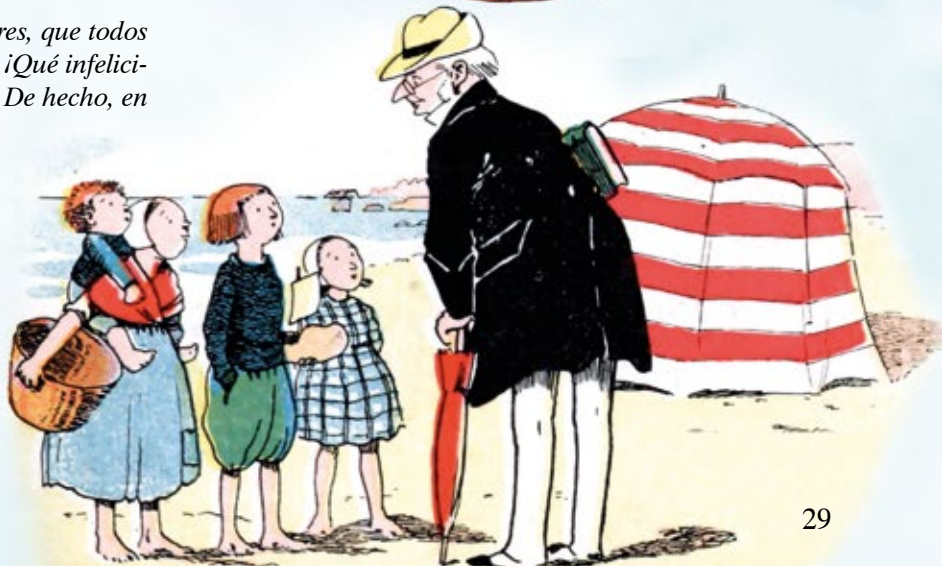
que cuando comenzaba el período de trabajo, ya tenían todo listo para trabajar.

En esas largas noches, artesanos anónimos hacían objetos para que después eran transmitidos como herencia familiar durante siglos. Hoy en día son objetos expuestos en los museos por causa de su buen gusto, pero que cualquier hombre simple de aquel tiempo los poseía.

Una extraña creencia entre el pueblo

El tamaño de la nariz desolaba a sus padres, que todos los días medían la pobre naricita, “¡no crece! ¡Qué infelicidad! Vamos a ser la burla de toda la región.” De hecho, en Clocher-les-Bécasses se creía que la inteligencia estaba en proporción con el tamaño de la nariz.

Annaik tenía el rostro en forma de luna, con los ojos alelados y una nariz minúscula. Por cierto, *bécasse* es exactamente un pajarito de pico muy puntiagudo y, por mofa, llamaban a la niña de Becassine, porque casi no tenía nariz, y usaba una toquilla de campesina breto-





LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA



cie de saco de casimir, sobre casaca y pantalones de brin. En la escena, se ve en la playa al gran sabio y los niños de los campesinos –vestidos con ropa de playa de estilo campesino, no en el sentido malo de la palabra– conversan con él muy espantados, porque les parece raro. Están preguntando cualquier cosa y están pasmados con el sabio.

Ahora, desde hace mucho existía una rivalidad entre la familia Labornez y la familia Quillouch. Yann Quillouch detestaba a Conan Labornez porque en un almuerzo ofrecido por el diputado a los notables de la región, Labornez se sentó más cerca que él, del dueño de la casa.

Es el tipo de diputado de antes de la I Guerra Mundial. Porta la faja tricolor con los colores de la república francesa; es muy gordo porque tiene amplias remuneraciones, tiene barbucha, el cabello está un poco a la manera del sabio, sin embargo, es más joven; es verboso, demagogo electoral, un orador que deja a los campesinos atontados, sin saber qué decir.

El padre de Bécassine está bien cerca del diputado y este habla sólo con el Sr. Labornez. En el diseño aparece otra notabilidad: es un anciano medio sordo, que pone la mano en el oído para ver si entiende lo que el diputado habla para el padre de Bécassine. Y el padre de Marie Quillouch está sentado en tercer lugar, loco por oír, pero no lo consigue. Entonces, se volvió enemigo de su propio primo.

También porque en la fanfarria municipal, Conan estaba encargado del bombo, instrumento que no pasa desapercibido, en cuanto que Yann debía contentarse con la función modesta de tocador del triángulo.

Llamo la atención una vez más para la variedad de los trajes y de los colores. Las ropas tenían una vaga inspiración en la vestimenta de la nobleza, pero no para dárse las de noble. Es la ropa típica del campesino.

Por otro lado, Conan Labornez no podía perdonar a su primo el haber obtenido, en el concurso agrícola, una medalla para sus cerdos, mientras que él sólo había obtenido una mención honorífica.

Había entonces un poco de celos entre ellos y eso se notaba en la manera como las madres hablaban de sus hijas.

Miren a la madre de Bécassine, cómo se parece a la hija, Mientras que la madre de Marie Quillouch está irritada. Las dos están peleando duramente.

“La suya –decía la Sra. Quillouch– es más gorda, pero la nuestra tiene una nariz más bonita.” A lo que la señora Labornez respondía vivamente: “Probablemente ella está orgullosa de su nariz, pues observa todo el tiempo con los dos ojos al mismo tiempo.”

Broma bien campesina... La niña era bizca.



Bautismo cargado de tradición e inocencia

Sin embargo, se decidió que los dos bautizos serían celebrados al mismo tiempo. Casi todo el mundo es más o menos primo en Clocher-les-Bécasses. Por eso toda la aldea fue invitada a la ceremonia religiosa y a la cena.

Analicemos el cortejo que va al bautizo. Es la reproducción de las costumbres de la época. Al frente, dos campesinos tocando un instrumento típico de la región llamado biniú o *cornemuse*; después, la madre de Bécassine, y la madre de Marie Quillouch, cada una va cargando la propia hija en brazos, pero las dos se miran con desdén. Atrás de ellas vienen los respectivos maridos, que, sacando el sombrero, saludan ceremoniosamente al cartero. En seguida, un personaje del cual se hablará más adelante, el tío Corentin; y por fin de dos en dos, el resto de la aldea, seguida por los patos y puercos.

El tío Corentin, gran cazador, un poco original, y que tiene siempre una palabra espirituosa, fue elegido padrino de Annaik.

“Una bella niña –irguiéndola con los brazos– y que vale su peso. Qué pena que tenga esa nariz, o, mejor dicho, que no tenga nariz.”

“Y además, esa idea de llamarla Annaik... Con todas las Annaik que hay en la aldea, habrá una confusión. Cuando en la calle yo grite Annaik, serán veinte niñas las que vendrán. Es necesario encontrarle un sobrenombre.” La señal de partida interrumpió sus reflexiones.

Fue un bello bautismo. La propietaria del castillo, la Se-





LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

ñora Marquesa de Grand-Air, para quien la madre de Annaik trabajaba de día, vino a asistir a la ceremonia. Los Laborneces no quedaron poco orgullosos viéndola llegar en su calesa, tirada por dos caballos.

La escena de la llegada de Madame de Grand-Air a un bautizo es una obra maestra. En ella podemos ver cómo es la nobleza auténtica, además de comprobar cómo la verdadera plebe es simpática, interesante, un foco continuo de cultura. Es una organización social al estilo antiguo.

La marquesa, muy esbelta, frágil, risueña y amena, protegiéndose del sol con una sombrilla, llega en una calesa imponente, tirada por dos caballos blancos; según la costumbre y la etiqueta, la noble viene sentada en el lado derecho del carruaje –posición en la cual se debe sentar la persona que está sola en un transporte–, sonriendo muy gentilmente para el campesino extasiado con su llegada. En cuanto al cochero, vestido con una especie de pequeño sombrero de copa, una librea con cuello rojo y saco negro, y un chico imponente, está mucho más orgulloso a propósito de la marquesa que ella misma, y ni siquiera mira al campesino.

En la salida de la iglesia, el tío Corentin lanzó al aire dragées y monedas para los niños.

Dragées son unos caramelos, en general de fruta y licor, revestidos de azúcar. Era una costumbre que, terminado el bautizo, los padrinos lanzaran monedas y caramelos para todos los niños que esperaban del lado de

afuera de la iglesia para agarrar tales objetos. Se ven los niños pisando unos encima de los otros para agarrar las monedas y caramelos que caían en el suelo. A continuación, se daba la conmemoración.

Annaik se vuelve Becassine

Después, al sonido del biniú, se bailó allí.

Aparece, entonces una parte de la fiesta. Los padres bailando alrededor de un barril, mientras los niños están acostados sobre el pasto, encima un tejido azul claro. Bécassine, plácida, hace un gesto amigo, y la prima bizca con su narigón, al contrario, ya se está moviendo enojada, saltando y haciendo acrobacias; son dos tipos, dos caracteres que ellos están queriendo representar.

En medio del público hay un sujeto cantando y animando la fiesta. Es la alegría popular de un festejo inocente, que terminaba con una comida pantagruélica y mucha bebida, pero todo en una atmósfera familiar.

Las dos niñas habían sido instaladas a la sombra de un gran roble. Annaik se reía con todo su rostro redondo, pronunciando su buen carácter, en cuanto que su prima era más que nunca, María Qui-louche: María que mira con envidia.

La hora de cenar llegó: todos los estómagos estaban hambrientos, pero hubo un movimiento de inquietud, el tío Corentin había desaparecido. ¿Qué le sucedió al padrino? Llegó finalmente: "Mientras ustedes bailaban, fui a cazar."





Toma, sobrina mía, asa bien esas aves. No va a ser este el peor plato de la cena.”

Después, volviendo a su idea de antes del bautismo, y mirando a Annaik, dijo: “Qué lástima que no tenga en medio de la cara una nariz como la de esas aves”. Diciendo eso, tomó uno de los gallinazos que había traído, escondió su cuerpo con su mano enorme y colocó el pico en frente de su ahijada. “Una verdadera Bécassine –dijo, riendo, a la Sra. Quillouch”. He allí, tío Corentin, el apodo que buscaba.

“Sí, sí”, gritó toda la asistencia. ¡Bécassine, Bécassine! Por mi fe, confesó Corentin, eso le cae como una lluvia”. Y fue así, que, a pesar de las protestas indignadas de su madre, Annaik Labornez se volvió Bécassine.

Bécassine en la alta sociedad

Ahora bien, Bécassine, ya jovencita, va a visitar el castillo, donde se ve a Madame de Grand-Air sentada en un sillón, muy lánguida, pero en una posición muy compuesta y distinguida. La ilustración contiene una cortina

y una palmera, objetos que constituían una señal de lujo en Europa; y un perrito con un manto rojo.

La señora Labornez va frecuentemente a trabajar para la Marquesa de Grand-Air. Un día ella le dijo: “Tráigame a Bécassine el jueves por la mañana. Almorzará con nosotros y después jugará con mi pequeña Simone.”

“Ah, hará un papel ridículo entre las personas finas” –exclamó la Sra. Quillouch, cuando supo la novedad. Pero el tío Corentin aseguró que Bécassine se saldría gallardamente de la prueba. Además, añadió, yo me encargo de enseñarle buenas maneras, pues las conozco bien. La prueba de eso es que cuando yo era picador del fallecido marqués, el padre del actual, me decía con frecuencia: “Corentin, ¿Ud. está seguro de que no es primo del Rey Luis Felipe? Es impresionante su semejanza con él.”

La figura presenta al tío Corentin con el traje de cacería característico por el saco rojo, llevando la trompeta de cacería alrededor del cuello, sosteniendo su sombrero con la mano, con los cabellos blancos, pero muy delicado, atento y distinguido, hablando con el marqués. En otro di-





LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA



seño, está representado cuando aún era joven, con la cabeza alta y unas enormes patillas en la cara, muy parecido al Rey Luis Felipe I de Francia. Por cierto, el tío de Bécassine surgió como una caricatura de ese monarca, pues la revista portadora de las historietas de la campesina bretona, fue hecha para la nobleza conservadora, enemiga de Luis Felipe.

El tío Corentin comenzó sus lecciones de buenas maneras enseñando a Bécassine a hacer una reverencia.

La manera como está representada la reverencia es una sátira muy leve y amena del aspecto del campesino.

Eso no sucedió sin algunos tropiezos, pero el resultado fue muy bueno. Después vinieron los consejos: "No dejar morir la conversación. Es necesario decir buen día a todos. Decir algo gracioso que haga reír. Ser útil, cuando sea necesario. Imitar a los otros cuando se está azorado y no se sabe cómo actuar, etc., etc."

Una vez llegado el gran día, colocó en el brazo de su sobrina una cesta conteniendo un pato y manzanas, porque, dijo, no es cortés comer los manjares de los otros sin llevar nada. Y la condujo hasta la reja del castillo. El valet de chambre, Joseph, intro-

dujo a Bécassine al vestíbulo. "Coloca tu cesta en el suelo, pequeña, y cuelga tu chal en el perchero. ¿Qué estás buscando en el suelo?" "Busco, Sr. José, el hongo". "He aquí el hongo, Bécassine -dijo Joseph, mostrando una percha de madera.

Llamaban hongo a aquellas perchas con la misma forma.

Bécassine está muy sorprendida. ¡Qué hongo tan gracioso! Ella nunca vio uno igual. Probablemente es una especie rara, que sólo crece en los castillos. Joseph la dejó sola. Ella se aburre. ¿Qué puedo hacer? Veamos. El tío Corentin me dijo que dijera buen día a todos. Lo voy a decir a la señorita Melanie, la cocinera.

Presten atención al conjunto de servidores del castillo. Aquel mayordomo está impecablemente vestido con casaca y muy consciente de la dignidad de servir a un marqués. La cocinera es la típica persona entregada a los quehaceres domésticos, dedicada a la cocina, satisfecha, vestida de manera semejante a las campesinas.

Y entra en la cocina. Melanie la recibe con un grito de alegría: "¡Caíste del cielo! No tengo hongos para la salsa. Pídeselos al jardinero". "No es necesario.

Sra. Melanie. Yo tengo lo que Ud. necesita." Y saliendo apresuradamente, Bécassine vuelve triunfante con la percha que Joseph había llamado de hongo. "Vamos -rezongó Melanie- no sirves para realizar esa incumbencia. Anda a colocar eso en su lugar y quédate en el vestíbulo".

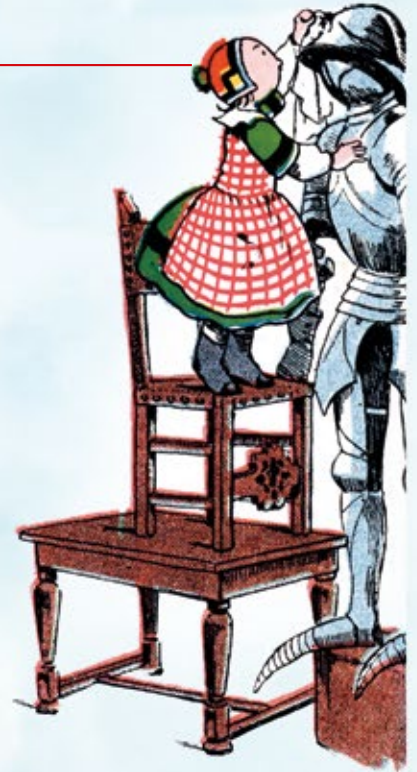
Nuevamente en el vestíbulo... Bécassine descubre una armadura montada en un maniquí. "¿Qué será eso? Probablemente es la batería de cocina. Sí, el objeto redondo de lo alto es la saladora. Lo grande del medio es la asadera y esas cosas que tienen largos los lados deben ser las bandejas para los pescados. Qué idea graciosa la de colocar eso en una sala tan bonita. Y, además, está opaca. Melanie se olvidó de brillarla, de lustrarla y va a ser reprendida por eso. Es el momento de volverme útil". Bécassine toma un pequeño mantel de seda colocado en una mesa y corajudamente lustra el casco, que inmediatamente queda reluciente como un espejo.





Joseph la sorprendió en esa ocupación y no quedó satisfecho. “¿Qué invención es esa? La señora marquesa recomienda que se conserve el aspecto antiguo de esa armadura. Entre en la ante-sala y, sobre todo, no toque nada”.

En la sala, en la pared frente a la puerta, hay un retrato de la Señora de Grand-Air. Bécassine pensó que estaba delante de la propia marquesa. Hizo una reverencia lo más pulidamente que pudo, le deseó un buen día. El retrato, naturalmente, no respondió nada. Entonces, Bécassine se acordó de las recomendaciones del tío Corentin, inició la conversación. Preguntaba las novedades,



hablaba del tiempo de las cosechas. Ninguna respuesta. Estaba casi sin asunto. Dios mío, va a morir la conversación.

Para evitar ese desastre, Bécassine sólo encuentra un medio: se puso a cantar un canto que aprendió en el catecismo.

En ese momento se abre la puerta y aparece la marquesa. Bécassine permaneció estupefacta un momento. Después, haciendo una nueva reverencia: “Señora Marquesa, yo no sabía que Ud. tenía una hermana gemela. Ella es bonita como Ud. pero bastante menos amable, pues no responde ni una palabra de lo que se dice.”

La Señora de Grand-Air tuvo una gran dificultad, primero en comprender lo que Bécassine le decía, y, después, en explicarle el equívoco. ♦

(Extraído de conferencia del 8/7/1972)





Flávio Lourenço

María Santísima con su Divino Hijo
Iglesia de Santa María de Jesús, Valencia

¡Vida, dulzura y esperanza nuestra!

Si Nuestra Señora no existiese, no tendríamos ninguna razón para esperar en la misericordia divina, no habría nada que justificase cualquier esperanza nuestra en el Cielo, o alegría en la Tierra. Todo lo que vuelve soportable nuestra vida es el conjunto de esperanzas que la intercesión de la Santísima Virgen nos autoriza a tener. Si no fuese Ella, caeríamos desmayados. Por eso, María es verdaderamente nuestra vida.

Además, Ella es enteramente afable y condescendiente con aquellos que la invocan, obteniéndonos las gracias sin las cuales nuestra existencia sería la cosa más amarga y siniestra. Al establecer una alianza entre el Cielo y la Tierra, la Madre de Dios vuelve la vida humana dulce. Ella es, por lo tanto, nuestra dulzura.

María, que vuelve así dulce y sustentable nuestra vida, es la grande y única esperanza, porque es Reina y Madre de misericordia.

(Extraído de conferencia del 21/05/1965)